

¡Venganza, Anselmo!! Quise vivir para cumplir el sagrado juramento que les hice... y he vivido.

—Si; pero le animaba á V. la venganza, y el tiempo, que todo lo borra, iria poco á poco destruyendo aquella honda impresion... ¿Yo, de quién me he de vengar? de una muger...? ¡Ni aun ese sangriento placer me resta!

—Te engañas, Andrés; yo ansioso de sangre, busqué al asesino de mi familia, al gefe de aquella expedicion, le hallé: y los dos solos, armados, una noche nos batimos, ¡era un valiente! pero conmigo peleaban la justicia y la razon, y vencí... Andrés, cuando me vió con la sonrisa en los labios, acercarme á él para gozar en su agonía, haciéndole pasar tantos tormentos como yo habia pasado, aquel hombre, se puso de rodillas, y llorando me pidió compasion, *misericordia*, no por él, si no por su esposa, por sus hijos pequeñitos que quedaban en la horfandad mas horrorosa. Habia jurado vengar á mis padres; pero á la vista de aquel militar, que habia desafiado mil veces la muerte en los campos de batalla, y que allí humillado, con lágrimas, me pedia la vida como único apoyo de su familia... me conmoví... arrojé mi espada... y le perdoné. ¡Dios me ha premiado aquella buena accion, pues he sido cuan feliz es dable en este mundo! Si, Andrés; mejor que la venganza, cuyo goce es muy dulce en el momento, pero muy amargo al pensar con calma y prudencia, está el placer del perdon. ¿Qué cosa mas bella que perdonar al que nos ha ofendido? ¿Qué fruicion no siente nuestro espíritu al decir al que nos ha hecho un mal... «Podiera devolverte lágrimas por lágrimas, dolor por dolor; pero soy mejor que tú... yo te *perdono*.» ¡Las palabras de perdon son las mas dulces que salen de labios humanos! ¡Las últimas palabras del Hijo de Dios al espirar en la cruz, fueron de perdon para sus enemigos que le martirizaban! El nos lo enseñó, sigamos su ejemplo.

Andrés pensó largo rato sobre el discurso de Anselmo, despues silencioso estrechó la mano del labrador, y se retiró á la habitacion que le tenian preparada sin hacer caso de una mujer que encontró en la escalera.—Aquella mujer era Dolores, que viendo escrita en la mirada del cazador una idea siniestra, se acercó de puntillas á la puerta que acababa de cerrar, miró por la cerradura, y dando un grito terrible, abrió de par en par.

Andrés con una pistola en la mano se quedó estático á su inesperada presencia.

—¡Dolores! ¿Tu aquí? ¿Qué quieres? ¿Á quién buscas? ¿Por qué abandonas el baile? ¿Por qué no acompañas á tu hermana?

Dolores dió algunos pasos, y con el semblante lleno de majestad y orgullo, le dijo á Andrés: cuando nuestros buenos amigos sufren, con ellos

debemos llorar y consolarlos: cuando gozan disfrutemos de su alegría.—Siga Luisa los impulsos de su corazon, yo sigo los del mio.

No pudo proseguir, Anselmo alarmado por el grito de Dolores acudia presuroso, y al oír á su hija, y al ver que Andrés no habia abandonado la pistola, todo lo comprendió.

—¿Qué es eso? muchacho, ¿Qué pretendes hacer? gritó cojiéndole del brazo.

—Suelta V., Sr. Anselmo: ya se lo he dicho. Cuando el hombre ha soñado que el mundo es un eden lleno de flores, y se encuentra con un campo árido y cubierto de abrojos; cuando se sueña con venturas y al despertar se encuentran desengaños: cuando el corazon ha apurado la copa del dolor, revienta dentro del pecho, y la vida es una carga insoportable: en tal situacion la muerte es el único remedio. Yo tenia una madre querida, consuelo de mis penas, ha muerto: yo tenia una pasion que me devoraba, amaba á una mujer, esa mujer me ha sido infiel... ¡Soy solo en el mundo! Deje V. que me arranque la vida, aunque se la robe á Dios, á quien pertenece, déjeme V. morir... ¡Nadie ha de verter lágrimas sobre mi tumba fria.

Andrés pugnó para desasirse, pero Anselmo le sujetaba con mano poderosa.—Dolores vertía lágrimas en silencio.

—¿Conque no te han hecho mella mis reflexiones? dijo el anciano.

—¡No, señor, contestó Andrés con sequedad.

—¡Desgraciado del ser que se olvida hasta ese extremo de los lazos que le unen con Dios, con el mundo y consigo mismo! Cobarde es hasta la demasia, el que no queriendo hacer frente á la desgracia, desmaya, y busca en la muerte un descanso mentido. ¡Miserable suicida! ¿Y las penas, y los tormentos que en la otra vida te esperan? ¿Y cuando Dios te pida cuentas, cómo le vas á contestar? ¿Qué le vas á responder? Teme, teme su inexorable justicia que te condenará á tormentos eternos: teme el anatema de la sociedad, que maldecirá tu nombre como el de un ser criminal y cobarde... Además ¿quién te ha dicho que eres solo en el mundo? ¡Ha muerto tu madre! ¿No tienes un padre en mí? ¿No te he ofrecido mi casa y mi persona? ¿No sabes que te amo como á un hijo? ¡Que eres solo en el mundo!! ¿Y la jóven de alma anjelical que ha velado á la cabecera de tu madre, que no ha pegado los ojos porque nada la faltase, y ha pasado dias enteros entregada al llanto, porque padecía horribilmente, y sus padecimientos eran eternos...? y sin embargo, es un ánjel: en vez de intentar suicidarse, esa mujer rezaba por el que causaba sus amarguras; esa mujer ahogando sus lágrimas, pedia á Dios por el que causaba aquellas lágrimas...